Ninguno de esos objetivos, de cuya consecución se responsabilizó a la CNIA pudo ser alcanzado. Aunque no sea razonable atribuir a una sola persona los males que afectan a toda una estructura, máxime si se trata de una tan complicada como la de la industria azucarera, habría que establecer en qué grado el desarrollo de la actividad azucarera, subsecuente a la creación de la CNIA se deterioró debido a la presencia al frente del organismo del señor Francisco Cano Escalante. Empresario privado que ascendió a la representación nacional de los comerciantes, Cano siguió el camino de otros personeros patronales que censuran al Estado mientras arden de ganas de penetrar en él, con los criterios privatistas que inevitablemente poseen y que luego ponen en práctica a ingresar a las filas de la administración estatal. La eficacia de la gestión del señor Cano Escalante puede medirse por las siguientes cifras: en 1972 la producción ascendió a 2.569,773 de toneladas, para un consumo interno que no llegó a los dos millones de toneladas, lo que nos permitió exportar 579,512. Cuatro años más tarde, mientras que el crecimiento de la demanda la hizo llegar hasta 2.500,000 toneladas, la producción decreció a 2.550,000, con lo que casi no quedó nada por exportar. La situación después ha empeorado, pero habría que medir también si ello se debe a que en aquel sexenio quedaron establecidas bases que no pudieron todavía ser modificadas.

Así parece ocurrir si se atiende a los problemas expuestos por siete secretarios de Estado, el viernes 13 de junio, cuando junto con un nuevo director de la CNIA (que salía de un limbo en que todos lo creían ubicado, luego de su sorpresiva renuncia a la dirección general del Banco Nacional de Crédito Rural). Todos ellos dieron a conocer un documento, mezcla de autocrítica y buenos deseos, en que se plasma al mismo tiempo que el diagnóstico de la industria, las necesidades futuras, entre las que sobresale el abrumador anuncio de que en este año importaremos tal vez hasta ochocientas mil toneladas de azúcar, justo cuando el crecimiento de otras demandas nos llevará a incrementar de seis a diez millones de toneladas las compras al exterior de alimentos, Sin ellos, seguramente, padeceríamos severos problemas de hambruna.

¿Qué es lo que ha pasado? Que los predios destinados al cultivo de la caña son prácticamente los mismos que hace diez años, es decir no ha aumentado su cantidad y ha disminuido, en cambio, la calidad pues la tierra se agota si no se rotan los cultivos. No se han aplicado los arbitrios técnicos necesarios y por lo tanto la productividad agrícola no ha crecido, Tampoco han aumentado significativamente los rendimientos en fábrica, donde el dulce extraído de la caña está por debajo de las posibilidades, en vista de que los equipos y la tecnología son viejos e inadecuados. Allí se advierte con claridad el peso que una torcida práctica empresarial tenía sobre la producción, y que sigue resintiéndose aun cuando los ingenios sean, cada vez en mayor número, propiedad del Estado: la reinversión fue siempre muy escasa, aunque los créditos para hacerla menudearan a través de agencias oficiales. Si se tiene en cuenta que en este ámbito se movieron y mueven muchas influencias políticas (¿no el prototipo del azucarero fue durante larguísimo tiempo don Aarón Sáenz, simultáneamente general revolucionario y gran capitán de industrias, finanzas y comercios?) y que esas influencias permitían la desviación de los empréstitos que debían aplicarse a la producción azucarera a otras empresas y aun al gasto suntuario, se puede comprender uno de los elementos que llevaron a la industria azucarera a la virtual ruina en que hoy se encuentra.

Durante mucho tiempo, cuando había sequía noticiosa y en los diarios (sobre todo en los vespertinos) era preciso "hinchar el perro" es decir, crear de la nada alguna información, se recurría a un lugar común, que parecía siempre cuadrar con la realidad: "Se reestructurarán los ferrocarriles", decían los titulares de la falsa noticia, falsa porque de tanto repetirse un anuncio real era posible repertirla con la misma ausencia de efectos. Cuando el sábado 14 de junio vimos a los periódicos anunciar una nueva reestructuración de la industria del azúcar, hicimos votos porque no caigamos en la trivialidad de dar cuenta de ellas a cada rato, lo que significará que hemos sido, todos, incapaces de poner esa industria en sus verdaderos quicios.